

ción y cuya confianza poseía; él pronunciará ó inspirará las palabras amenazadoras y asumirá animosamente las supremas resoluciones. Decíase en Inglaterra que «bajo el guante de terciopelo de lord Clarendon se ocultaba la garra de Palmerston.»

Este sentimiento público decía bastante cómo iban á ser acogidas las proposiciones de Drouyn de l'Huys. El gabinete británico no solamente se adhirió al proyecto francés, sino que se lo apropió. A fin de evitar la repetición de lo ocurrido en Sinope, decidióse que las flotas combinadas penetrarían en el mar Negro. Todo buque ruso que se encontrase en el mar sería invitado á entrar en Sebastopol ó en el puerto más próximo. Toda agresión contra el pabellón otomano impondría á los marinos aliados el deber de rechazar la fuerza con la fuerza. Se convino, por otra parte, que la flota turca no emprendería ningún movimiento sin la aprobación de los almirantes francés é inglés. En 29 de diciembre una circular de Drouyn de l'Huys dió á conocer á Europa estas graves resoluciones. El día antes había partido un correo para San Petersburgo á fin de comunicar al gobierno moscovita las decisiones de ambas potencias occidentales.

La ejecución siguió de cerca al acuerdo. El 3 de enero de 1854, las dos escuadras zarparon de la bahía de Beicós y, remolcadas por vapores, se dirigieron hacia el Euxino. Un cambio brusco de viento las retuvo algún tiempo en el estrecho, pero al día siguiente penetraron en el mar Negro. La fragata inglesa *Retribución*, que llevaba á bordo un oficial de la marina francesa, se destacó entonces de la escuadra é hizo rumbo hacia Sebastopol, para entregar al comandante de las fuerzas navales rusas las notificaciones de los almirantes aliados. El 6, al despuntar el día, la fragata dobló el cabo Quersoneso, se internó en la rada y á favor de una espesa neblina penetró hasta la embocadura del puerto sin ser vista. Disipada en parte la neblina, todos los fuertes la señalaron, y tres cañonazos disparados con pólvora sola le intimaron la orden de detenerse. En presencia de aquel buque temerario que se había metido en aquellas aguas prohibidas, la sorpresa y la emoción eran grandes, tan grandes que, desde la cubierta de su buque, los ingleses podían observar, en lo alto de las murallas de Sebastopol, las idas y venidas de los marinos asustados. Una canoa montada por un oficial ruso abordó la fragata y la invitó á retroceder fuera del alcance de las baterías exteriores. El comandante británico manifestó que únicamente tenía que entregar unos despachos. «Los reglamentos son formales, replicó el ruso; retiraos fuera del alcance de las baterías y recibiremos entonces vuestros despachos.» La *Retribución* se alejó á lo largo de las murallas y fué á fondear en alta mar donde le habían indicado. De paso, los oficiales ingleses tuvieron tiempo de observar las defensas marítimas de la plaza, que les parecieron formidables, y de estudiar en sus principales contornos aquella ciudad de Sebastopol, que pronto había de ser tan famosa. Cuando el buque británico se hubo detenido, la embarcación rusa volvió á recoger el mensaje de los almirantes, breve resumen de las recientes resoluciones de Francia é Inglaterra. Habiendo llenado su misión, la fragata hizo los saludos usuales, y doblando otra vez el cabo Quersoneso, se alejó con rumbo hacia

el Sur. Reunióse en aguas de Sinope con el grueso de la escuadra, que, continuando su ruta, se puso á explorar las costas meridionales del mar Negro, sin que ningún buque ruso se mostrase en el horizonte (1).

IX

Para los zares, el mar Negro era dominio suyo exclusivo. Forzar su entrada equivalía á comenzar la guerra. Desde aquel momento, el verdadero enemigo no era Turquía, la pobre Turquía, la Turquía en decadencia que todo el mundo desdenaba; eran los que habían osado desplegar su bandera en la propia rada de Sebastopol. El debate adquirió mayores proporciones. Hacía tiempo que los *Santos Lugares* quedaban relegados al olvido, á lo sumo se pensaba todavía en el *protectorado de los griegos*. Ya no se trataba de redactar notas ni de conciliar expresiones, trabajo de Penélope incésantemente reanudado y destruído. ¡Atrás esas querellas bizantinas! El duelo no es ya entre el zar y el sultán, sino entre Rusia y los dos grandes Estados que habían substituído á Turquía al extremo de relegarla á la sombra de donde no había de volver á salir.

El secretario de la embajada francesa Sr. de Reiset, portador de los despachos de su gobierno, había sido detenido por las nieves en Alemania. Hasta el 10 de enero no llegó á San Petersburgo con el mensaje de que ya tenían conocimiento, pero que aún no había sido notificado oficialmente.

El 12, Castelbajac comunicó á Nesselrode las resoluciones de su gobierno. Al día siguiente, sir Hamilton Seymour hizo otro tanto en nombre de Inglaterra. Inmediatamente reunióse un gran consejo de dignatarios del Imperio. La irritación era grande; aumentó cuando se supo que la última circular del Sr. Drouyn de l'Huys había sido publicada en el *Monitor*, y creció más todavía cuando un ayudante del príncipe Menschikof llegó á toda prisa siendo portador de la intimación de los almirantes aliados, cuando se supo que se habían consumado los hechos, al extremo de que hacía cerca de ocho días que los pabellones de Francia é Inglaterra flotaban en el mar Negro.

Nesselrode no perdió un instante para protestar, y lo hizo rectificando á su manera, aunque no sin exactitud, el relato de los sucesos de Sinope, origen de las nuevas complicaciones. El canciller terminaba diciendo: «¿Quiéren las potencias un armisticio naval? Pues que se expliquen sobre la naturaleza de ese armisticio... La paz se halla comprometida... Basta un azar para producir una colisión, y el emperador declina de antemano toda responsabilidad.»

A esta solemne protesta, el canciller añadía la exposición de las miras de su amo: «Las potencias occidentales afirman que la entrada de las flotas en el mar Negro no ha tenido otro fin que el de impedir todo conflicto. Sea; pero este resultado no puede obtenerse sino por medio de una justa reciprocidad. Deberá entenderse, pues, que la escuadra turca, no menos que la escuadra rusa, se abstendrá de toda agresión. Además no deberá permitirse á los turcos que se comuniquen

(1) Véase el parte del capitán Drummond, comandante de la fragata *Retribución* (*Eastern papers*, parte VII, págs. 10 y 11).

de un puerto otomano á otro sino con la condición de que se conceda la misma facultad á los rusos. Que se aplique á las dos marinas el mismo tratamiento en el mar Negro; sólo así el armisticio naval (ya que este nombre se le quiere dar) será equitativo y evitará toda efusión de sangre (1).»

Brunow en Londres y Kisseleff en París recibieron la orden de traducir en un lenguaje enérgico el pensamiento del zar. Kisseleff fué más lejos. Después de haber anunciado á Drouyn de l'Huys las intenciones de su gobierno, añadió en una especie de confidencia oficiosa: «No os ocultaré que, si no obtengo satisfacción, mis instrucciones me obligan á pedir mis pasaportes.— Recibiré las órdenes del emperador, replicó el ministro francés, y os contestaré.»

Las órdenes del emperador fueron una negativa, negativa cortés, pero formal, y tanto más grave cuanto que no era posible ignorar sus consecuencias. Drouyn de l'Huys no facilitaba en asegurar que toda agresión de parte de los turcos sería impedida, pero se negaba á prohibir á los otomanos toda comunicación entre sus puertos. «Nuestras demostraciones sucesivas, continuaba diciendo Drouyn de l'Huys, han sido avisos, no amenazas ni provocaciones... Rusia domina ya en Valaquia y en Moldavia: queremos impedir que el mar Negro venga á ser otra ruta para atacar á un país cuya existencia importa á Europa entera. Dicen que no habrá igualdad de posición si los rusos son retenidos en el puerto de Sebastopol y los turcos salen libremente. Es verdad; pero también ¡qué desigualdad de fuerzas! Se habla de armisticio naval: no es eso lo que queremos. Lo que deseamos es un armisticio general que permita llegar á la paz (2).»

¡La paz! Aún se hablaba de la paz cuando todo marchaba hacia la guerra. A la negativa del gobierno francés, Kisseleff contestó con lo que había dejado prever. El 4 de febrero pidió sus pasaportes. El día antes había sido recibido en audiencia de despedida por Napoleón III, que había repasado con él todas las fases de la cuestión de Oriente. Esta última entrevista había sido tan infructuosa como las demás. Cada uno había girado en el mismo círculo, Kisseleff haciendo valer el tratamiento desigual de Rusia y Turquía en el Euxino, y Napoleón insistiendo sobre la larga serie de las intrusiones y usurpaciones rusas: «Rusia, repitió varias veces el emperador, echó á los turcos de los Principados, y nosotros echamos á los rusos del mar Negro.» Pocos días después, Kisseleff salió de París, al mismo tiempo que Brunow salía de Londres. Entre la paz y la guerra ya no había más que una postrer palabra y una postrera resolución.

X

Hay guerras que estallan por sí solas. Estas son las que antiguas quejas y rencores, y odios nacionales largo tiempo mantenidos, han venido preparando. En el caso

(1) Seymour á Clarendon, 19 enero 1854 (*Eastern papers*, parte VII, págs. 1 y 2).— Despacho de Nesselrode al Sr. de Kisseleff en París y al Sr. de Brunow en Londres, 16 enero 1854 (*Eastern papers*, parte III, págs. 1 y 2.— *Monitor* de 1854, pág. 166).

(2) Despacho de Drouyn de l'Huys al Sr. de Castelbajac, en San Petersburgo, y al Sr. de Kisseleff, 1.º febrero 1854.

presente, nada de esto ocurría. Entre el pueblo francés y el pueblo ruso no había ningún recuerdo irritante, ninguna contienda de frontera, ninguna competencia industrial. Situados á los dos extremos de Europa, rusos y franceses se encontraban poco, lo cual facilita siempre la buena inteligencia. Puede decirse que únicamente se conocían por las mansiones que los más altos personajes de la aristocracia moscovita acostumbraban hacer en Francia. La población parisiense se complacía en hacer buena acogida á aquellos huéspedes procedentes de tan lejos, admiraba la elegancia refinada de sus modales, su gracia á la vez suave y altiva, su aptitud para asimilarse nuestra lengua y su magnificencia que echaba el oro por la ventana. Y ellos se sentían vivamente atraídos por las luces de Occidente, tanto que á veces se quemaban en ellas, pues no les gustaban menos nuestras corrupciones que nuestras virtudes. Prolongaban gustosos su ausencia, y, para hacerles regresar á su país, á menudo era necesaria una orden del zar. Reintegrados á sus casas, acariciaban largo tiempo el recuerdo de nuestra patria como se acaricia el recuerdo de un sueño desvanecido.

Entre ingleses y rusos, las simpatías eran menores; pero, aparte de la perspectiva aún indecisa y remota de un conflicto futuro en Asia, ningún antagonismo separaba á las dos naciones.

Estas circunstancias explican las largas y progresivas etapas por las cuales se pasó de la paz á la guerra. Mientras los intereses de la política general y del equilibrio europeo dictaban despachos altivos, las relaciones sociales y los procederes personales conservaban, sobre todo entre nosotros, el sello de una benévola cordialidad. El rompimiento era cada día más seguro, pero se tenía empeño en no añadir nada á los disentimientos necesarios. ¡Cosa extraña! Todo el mundo pretendía estar á la defensiva, y mediante una serie de actos defensivos se llegó á un rompimiento general. Fué para defenderse para lo que Rusia concentró sus tropas en las fronteras de Besarabia, invadió los Principados y llevó sus batallones hasta las márgenes del Danubio y sus flotas hasta el fondeadero de Sinope; fué para defenderse para lo que las potencias aliadas hicieron avanzar sus escuadras hasta Salamina, hasta Besika, hasta Beicos y hasta las costas del mar Negro. Casi se tocaban y nadie quería dar el primer golpe. Es más: aún se buscaba un terreno de avenencia cuando todo se hundía. Estas tentativas desesperadas, más bien esbozadas que concluidas, entrecruzadas unas con otras, que apenas han dejado huellas en los recuerdos de los contemporáneos ó en los archivos de las cancillerías, son las que tenemos el deber de referir ó de señalar al menos.

El protocolo del 5 de diciembre y la nota que le acompañaba llegaron á Constantinopla pocos días después de la noticia del desastre de Sinope. Cuando se hubo repuesto algo de tan viva alarma, el Diván, deseoso de mostrarse docil con las potencias, manifestó las condiciones con las cuales concluiría la paz. Pedía ante todo que Rusia evacuase las provincias danubianas; en cambio, se comprometía á confirmar solemnemente todos los privilegios de los cristianos, á ejecutar el convenio relativo á los Santos Lugares y á realizar en el imperio otomano todo un vasto programa de reformas administrativas. Estas condiciones, transmitidas á Vie-

na, fueron aprobadas por la conferencia, y á pesar de tantos fracasos, sometidas al gobierno de Rusia. Esta sombra de esperanza se desvaneció en breve. En 21 de enero, el Sr. de Lebzelttern, ministro de Austria en San Petersburgo, recomendó el proyecto á Nesselrode y éste se mostró más desdeñoso que entusiasmado. Juzgó las proposiciones demasiado vagas: la evacuación previa de los Principados le pareció ofensiva para Rusia; esta evacuación había de ser, no el preliminar, sino la consecuencia del arreglo. Así habló el canciller, no rechazando abiertamente la combinación, sino visiblemente resuelto á dejarla caer en el olvido.

Otra negociación siguió de cerca á la primera; negociación que tendía menos á facilitar la obra de la paz que á unir á Rusia con la Prusia y el Austria.

El mismo día en que Lebzelttern celebró con Nesselrode la conferencia de que acabamos de hablar, el conde Orlof, uno de los personajes más considerables del imperio ruso, partió para Viena. En San Petersburgo reinaba el mayor misterio acerca del objeto de este viaje. El conde Orlof llegó á la capital austriaca el 28 de enero y se hospedó en casa del Sr. de Meyendorf, manifestando que no quería ver á nadie; ni siquiera asistió á un baile que su huésped daba el día siguiente. El 30 el enviado de Nicolás fué recibido por Francisco José. El zar, que en vano había procurado aliarse con Inglaterra y atraerse á Francia, esperaba que sus gestiones serían mejor escuchadas en Viena. El conde Orlof, en nombre de su soberano, propuso al monarca austriaco que se comprometiese á guardar una estricta neutralidad en el próximo conflicto. La contestación no se hizo esperar. «El zar, replicó Francisco José, está dispuesto por su parte á prometer que no pasará el Danubio, que evacuará los Principados después de la guerra y que respetará la integridad del imperio otomano?» Habiéndose negado el conde Orlof á comprometerse á tanto, el joven emperador contestó en estos términos: «Entonces yo tampoco puedo suscribir las proposiciones rusas. Los resultados de la lucha son demasiado inciertos, y la cuestión de Oriente toca de demasiado cerca al Austria para que yo pueda atarme previamente las manos por medio de un convenio de neutralidad. Permaneceré fiel á los principios proclamados en la conferencia, y, por lo demás, sólo me inspiraré en el honor y en los intereses de mi imperio (1).» Al mismo tiempo, el Sr. de Budberg, ministro de Rusia en Berlín, dirigía al rey Federico Guillermo igual petición y recibía una contestación casi idéntica.

El conde Orlof llevaba en cartera no sólo un convenio de neutralidad, sino que también un contraproyecto en contestación á las últimas proposiciones turcas. Era un negociador con doble fin: sus instrucciones, concebidas con la mira de la guerra, le prescribían que á todo precio separase al Austria del Occidente; en caso de mal éxito, el tentador rechazado había de transformarse de pronto en negociador pacífico. El contraproyecto del conde Orlof se apoyaba en las siguientes bases: Rusia y Turquía tratarían directamente; todos los convenios anteriores entre ambas potencias serían confirmados; mediante un acta entregada en manos del zar,

(1) Lord Westmoreland á lord Clarendon, 4 febrero 1854 (*Eastern papers*, parte VII, pág. 19).

el sultán afirmaría su voluntad de mantener en el presente y en el porvenir todos los privilegios de los cristianos griegos, y una vez concluido este arreglo, las tropas rusas evacuarían los Principados. Tales eran las últimas miras del gabinete de San Petersburgo. En el fondo era el mismo pensamiento de dominación, disimulado con una habilidad eslava, oculto bajo los giros más ingeniosos del lenguaje diplomático. La insistencia de Rusia en negociar con la Puerta sin la intervención de las potencias revelaba su esperanza de intimidarla aislandola y de arrancarle por el miedo una suprema



El conde Orlof

concesión. Después de examinar la combinación, los plenipotenciarios reunidos en Viena la juzgaron inaceptable, estimando que no había lugar á transmitirla á Constantinopla, y, el 2 de febrero, consignaron en nuevo protocolo la expresión de su triste cansancio.

Mientras la diplomacia agotaba sus últimos recursos, Napoleón III intentaba cerca del zar un supremo esfuerzo. El 29 de enero, en una carta directa al emperador Nicolás, reconstituía con la elevación de miras que le era propia la larga historia de la cuestión de Oriente. Hacía resaltar la prudencia de Turquía, que no había considerado como caso de guerra la invasión de los Principados. Recordaba con tristeza las circulares del Sr. de Nesselrode que habían destruido el saludable efecto de la *Nota de Viena*. Explicaba las circunstancias que en el mes de octubre habían determinado las resoluciones de la Puerta. Y continuaba en estos términos: «Hasta entonces, nuestra actitud respecto á Turquía fué protectora, pero pasiva. Enviábamos al sultán consejos de paz. Vuestra Majestad, por un lado, mostrando

la calma que nace de la conciencia de su fuerza, había declarado, con una moderación digna del jefe de un gran imperio, que se mantendría en la defensiva... Eramos espectadores interesados, pero espectadores de la lucha. Los sucesos de Sinope nos obligaron a tomar una actitud más resuelta.» Juzgando el combate del 30 de noviembre como lo juzgaba entonces todo el mundo, el emperador añadía: «Los buques turcos fueron destruidos a pesar de la proximidad de nuestras escuadras. Ya no era nuestra política la que recibía el golpe, sino nuestro honor militar... De ahí la orden dada a nuestras escuadras de penetrar en el mar Negro; de ahí la notificación colectiva enviada al gabinete de San Petersburgo... He aquí la sucesión real y el encadenamiento de los hechos. Claro es que, habiendo llegado a este punto, deben conducir prontamente ó á un acuerdo definitivo ó á una ruptura resuelta.» Para atemperar la altiva precisión de semejante alternativa, Napoleón III se apresuraba á indicar de qué modo podía conjurarse la guerra: «Declaremos que hoy se firmará un armisticio...; las tropas rusas abandonarán los Principados, y nuestras escuadras el mar Negro. Prefiriendo Vuestra Majestad tratar directamente con Turquía, nombrará un plenipotenciario que negociará con un plenipotenciario del sultán, y el convenio que resulte de esas deliberaciones será sometido á la conferencia de las cuatro potencias.» El emperador no disimulaba que el negarse á aceptar estas últimas proposiciones obligaría á Francia é Inglaterra á apelar á las armas. Por lo demás, Napoleón III concluía manifestando, en nombre de la nación y en el suyo propio, que no le movía ningún sentimiento de animosidad; y, de todas las afirmaciones contenidas en tan largo mensaje, esta última era la más verdadera. Sólo el incidente de Sinope había causado una irritación ya muy amortiguada. Es un espectáculo casi único en la historia el de esa gran guerra que iba á surgir de una abstracta cuestión de influencia y de equilibrio, guerra á armas costosas aunque cruelmente afiladas, guerra sin cólera, sin estímulo, sin odio; guerra de razón, diríamos, si esta palabra pudiera aplicarse jamás á la guerra.

Por confianza que Napoleón tuviese en su autoridad personal, el resultado de esta correspondencia entregada á la publicidad de Europa estaba previsto. A los ojos de muchos, la carta del 29 de enero no tenía más objeto que afirmar á la faz del mundo la moderación de la política francesa y resumir las negociaciones que terminaban. Si hubiese subsistido alguna ilusión tenaz, la contestación del zar la hubiera disipado. Esta contestación llegó el 19 de febrero. Nicolás se negaba á tratar bajo las bases propuestas por Francia.

Desde aquel momento todo fueron preparativos de lucha. El Sr. de Castelbajac y sir Hamilton Seymour habían salido de San Petersburgo. El Sr. de Kisselef y el barón Brunow se habían detenido, el primero en Bruselas y el segundo en Francfort; se alejaban lentamente y como á pesar suyo, pero en fin se alejaban. Inglaterra concentraba tropas en Malta. Drouyn de l'Huys escribió al general Baraguey d'Hilliers, á fin de que la Puerta se preparase á recibir los contingentes aliados. El general Canrobert iba á partir para Constantinopla. La escuadra francesa del Océano había aparejado en Brest y, con rumbo hacia el Mediterráneo,

se disponía á pasar el estrecho de Gibraltar. Además, un decreto de 22 de febrero prescribía el llamamiento al servicio activo de todos los mozos aún disponibles de las quintas de 1849 y 1850.

Por su parte, el zar multiplicaba sus armamentos. Un ukase ordenó levas extraordinarias en la parte occidental del Imperio. Las principales fortalezas del litoral del mar Negro fueron puestas en estado de defensa. En cuanto á los pequeños fuertes de la costa asiática, los rusos, considerándolos incapaces de resistencia, no vacilaron en destruirlos, y sus guarniciones fueron á reforzar los contingentes del ejército activo.

En vísperas de las hostilidades ya seguras, las disposiciones de los tres grandes pueblos dispuestos á batirse variaban según su temperamento nacional y sus instituciones.

En Rusia todos los esfuerzos del zar tendían á crear ó mantener una especie de ardor religioso favorable á sus ambiciones. El ruso es, por naturaleza, más disciplinado que batallador, más místico que belicoso; no se presta fácilmente á la guerra sino cuando se le aparece como una cruzada, y no se entrega intrépidamente á la muerte sino bajo las apariencias del martirio. Nicolás ponía un cuidado extremo en presentarse menos como un príncipe guiado por la política que como un monarca inspirado. La querrela de los *Santos Lugares*, definida desde hacía tanto tiempo, era hábilmente desenterrada por los sacerdotes. Las imágenes más veneradas eran extraídas de las iglesias y expuestas en las plazas públicas á la veneración del pueblo y del ejército. Los popes, revestidos de sus ornamentos, recorrían las filas de las tropas echando agua bendita sobre los soldados arrodillados. La perspectiva de una lucha santa sostenía el valor de los rusos á través de las interminables rutas que conducían á la cuenca del Danubio ó al Asia, y aquella misma idea consolaba á los deudos que los combatientes habían dejado en sus hogares.

El pueblo inglés también se disponía á la guerra, pero con apariencias y proceder muy distintos. La libertad ilimitada de la prensa, los debates del parlamento, que acababa de abrirse, y los mitins que se celebraban sin cortapisa alguna, permitían descubrir hasta en sus menores matices el sentimiento nacional. Los partidarios de la paz eran cada vez más importantes. En el ministerio, lord Aberdeen y M. Gladstone, aunque muy asustados del porvenir, se abandonaban á la corriente que habían renunciado á encauzar. El 17 de febrero, en la Cámara de los comunes, lord John Russell, después de haber calificado en términos muy vivos el ataque de Sinope, censuraba el proceder del zar, acusándole de llevar hasta el desprecio su desdén por los juicios de Europa. Como el *Diario de San Petersburgo* trató estas palabras de inconvenientes, el gabinete británico dió al zar una contestación inesperada: publicó los despachos confidenciales de sir Hamilton Seymour y reveló de este modo al universo estupefacto las miras ambiciosas de Nicolás. Algunos hombres de Estado, fieles á los antiguos recuerdos, se acostumbraban difícilmente á la idea de una alianza íntima con el sobrino de Napoleón I. Lord Palmerston, cada vez más popular, acabó de destruir aquellos escrúpulos.

En su animación á hablar de la guerra, los ingleses descuidaban un poco los medios de sostenerla. Prepa-

rábanse más bien para una lucha marítima que para las grandes operaciones en tierra, y creían que los enganches voluntarios llenarían fácilmente los huecos, sin sospechar las decepciones que el porvenir les reservaba.

En Francia la voz de la opinión no metía tanto ruido como en Inglaterra. Mal informada ó temerosa, la prensa callaba. Nadie preveía las proporciones exactas de la próxima guerra, guerra á la vez terrible y limitada. La inquietud era harto grande para entorpecer el movimiento de los negocios, pero no lo era bastante para trastornar ó interrumpir la marcha regular de la vida social. Nadie quería privarse de una sola distracción ni de un solo placer. El público llenaba los teatros como en los tiempos más pacíficos. Se estaba en Carnaval: los bailes de trajes se sucedían en las Tullerías, en los ministerios y en todas partes. El sentimiento que dominaba era el de la curiosidad. A pesar de la crisis, el Cuerpo legislativo no había sido convocado y todo el mundo deseaba vivamente que se reuniese, no para oír á los diputados, de los cuales no se hacía gran caso, sino para tener ocasión de oír las declaraciones del emperador, que hablaba solo en el país silencioso, pronunciando menos discursos que oráculos, y aparecía como el supremo dispensador de todo bien y de todo mal.

El 27 de febrero partió un correo llevando al emperador Nicolás las intimaciones de los gabinetes de París y Londres. El gobierno ruso era invitado á evacuar los Principados danubianos antes del 30 de abril. La negativa ó el simple silencio del zar determinarían el estado de guerra. El mensajero llegó á San Petersburgo el 13 de marzo. Al día siguiente los cónsules francés é inglés, que suplían á los jefes de legación, entregaron á Nesselrode el ultimátum de sus soberanos. El canciller recibió sus despachos, anunciándoles que esperaba recibir órdenes del zar, y cinco días después les informó que el emperador «tenía por conveniente no dar ninguna contestación.» Aun al extremo á que habían llegado las cosas, Rusia deseaba eludir la responsabilidad de la agresión. «No declaramos la guerra,» repitió va-

rias veces el canciller al coronel inglés (1). La guerra era un hecho.

Tan era un hecho, que habiendo sido reunido al fin el Cuerpo legislativo en 2 de marzo, Napoleón casi la había anunciado, aunque negando todo espíritu de conquista y declarando que «esperaba llegar pronto á una paz que nadie pudiese turbar.» En los días siguientes se había votado sin discusión un empréstito de 250 millones. En esto se tuvo conocimiento del resultado de la intimación dirigida al zar. El 27 de marzo, el ministro de Estado fué al Cuerpo legislativo y notificó oficialmente la ruptura de las hostilidades. Al día siguiente, la *Gaceta de Londres* anunció la misma noticia al pueblo inglés.

Aquí concluye la campaña diplomática. Otra campaña va á empezar. Dispense el lector que hayamos consagrado tanto espacio á los preliminares de la lucha. En el curso de la larga historia que hemos emprendido tendremos que referir muchas negociaciones. Casi siempre veremos al gobierno imperial dejándose engañar por falsa generosidad ó por ignorancia, no abandonando el papel de víctima sino para ensayar el de cómplice, y menoscabando con una y otra actitud el buen nombre de nuestro país. Cuando llegemos á esos tiempos nefastos, quizá nos veamos tentados de velar un poco, con la brevedad del relato, la tristeza de las cosas. Si hemos historiado con alguna prolijidad aquellos días ya lejanos de 1853, ha sido porque fueron los últimos en que la diplomacia francesa empleó un lenguaje digno de ella, mostrándose altiva sin provocación, desinteresada sin engaño y sobre todo leal; los últimos también en que hubo una Europa atenta á mantener los tratados, proteger á los débiles y asegurar el equilibrio de las naciones. En la historia diplomática del segundo Imperio, el capítulo que acabamos de trazar es el único que no sea doloroso, por cuya razón nos hubiera dolido abreviarlo en demasia.

(1) «*We shall not declare war.*» Despacho del cónsul Michele á lord Clarendon, 19 de marzo de 1854 (*Eastern papers*, parte VII, página 82).